

ternidad. ¿Sabeis lo que es pueblo? El pueblo es una asociacion de hermanos; y ved por qué la noción del pueblo no puede coexistir en el entendimiento con la de la esclavitud. De donde se sigue, que el pueblo no ha podido existir ni ha existido sino en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la gente hebrea, por Jesucristo á todas las gentes. Lo que en las repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo; es decir, una asociacion de hermanos, sino una verdadera aristocracia; ó lo que es lo mismo, una asociacion de señores.

Esto explica, por qué entre los griegos la poesía es eminentemente aristocrática. Homero canta á los reyes y á los dioses: nos dice sus genealogías; nos cuenta sus aventuras; nos describe sus guerras; celebra su nacimiento, y llora su muerte. Los poetas trágicos presentan á nuestra vista el espectáculo soberbiamente grandioso de sus amores, de sus crímenes y de sus remordimientos. Los humanos infortunios y las pasiones humanas, para ser elevadas á la dignidad y á la altura de sentimientos trágicos, debían caer sobre las frentes y conturbar los corazones de hombres de régia estirpe y de nobilísima cuna. El fratricidio no era un asunto trágico, si los fratricidas no se llamaban Eteocles y Polinice, y si la sangre no manchaba los mármoles del trono. El incesto no era digno del coturno, si la muger incestuosa no se llamaba Fedra ó Yocasta, y si el horrendo crimen no manchaba el tálamo de los reyes. Por donde se ve, que entre los griegos no habia asuntos trágicos, sino personas trágicas; y que la tragedia no era aquella voz de terror, aquel acerbo gemido que la humanidad deja escaparse de sus labios cuando la turban las pasiones, sino aquella otra voz fatídica y tremenda que resonaba lúgubrementemente en los régios alcázares, cuando los dioses querían dar en espectáculo al mundo las flaquezas de las dinastías y la fragilidad de los imperios.

Si volvemos ahora los ojos al pueblo de Dios, nos causará maravilla la grandeza y la novedad del espectáculo. El pueblo de Dios no trae su origen ni de semidioses ni de reyes; descende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abraham, de Isaac y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto, todos son libres; sujetos todos á un solo Dios y á una sola lei, todos son iguales. El pueblo de Dios es el único de la tierra, entre los antiguos, que conservó en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moisés le dio leyes, no instituyó el gobierno aristocrático, sino el popular; y le concedió derecho de elegir sus propios magistrados, que en calidad de guardadores de su divino estatuto, tenían el encargo y el deber de mantenerlos á todos, así en la paz como en la guerra, bajo el imperio igual de la justicia. Despreciábase entre los hebreos los privilegios aristocráticos y las clases nobiliarias; y temeroso su gran legislador de que la desigual distribucion de las riquezas no alterase con el tiempo aquella prudente armonía de todas las fuerzas sociales, puestas como en equilibrio y balanza, instituyó el jubileo, que venia á restablecer periódicamente esa justa balanza y ese sabio equilibrio. Dieron á sus magistrados supremos el nombre de jueces, sin duda para significar que su oficio era guardar y hacer guardar la lei que les habia dado Dios por su profeta, sin la ilegítima intervencion de su voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la república largo tiempo, hasta que el pueblo, amigo siempre de mudanzas y novedades, cambió su propio gobierno, instituyendo la monarquía por un acto solemne de su voluntad soberana. Este cambio sin embargo tuvo ménos de real que de aparente, como quiera que el rei no fué sino el heredero de la autoidad del juez, limitada por la voluntad de Dios y por la voluntad del pueblo.

Por eso, el pueblo es la persona trágica por excelencia; en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza: el pueblo es el que acepta y sanciona la ley: el pueblo es el que rompe en tumultos y rebelión: el que levanta ídolos y los adora: el que quita jueces y pone reyes: el que se entrega á supersticiones y agüeros: el que bendice y maldice á un tiempo mismo á sus profetas: el que ya los levanta sobre todas las magistraturas, ya los destroza con atrocísimos tormentos: el que magnifica al Dios de Israel, y recibe con himnos de alabanza á los dioses egipcios y babilonios: el que puesto en el trance de escoger entre las iras del Señor y sus misericordias, en el ejercicio de su voluntad soberana renuncia á sus misericordias y va delante de sus iras. En Israel no hai mas que el pueblo: el pueblo lo llena todo: al pueblo habla Dios: al pueblo habla Moisés: del pueblo hablan los profetas: al pueblo sirven los sacerdotes: al pueblo sirven los reyes: hasta los salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

Las pompas de la monarquía duraron poco, y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomón príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos y en la guerra felicísimos: gobernaron á Israel con imperio templado y justo, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos: el último fue visitado por los reyes del Oriente: levantó el templo del Señor sobre piedras preciosas, y le enriqueció con maderamientos dorados: la fama de sus magnificencias y de su sabiduría mas que humana se extendió por todas las gentes. Pero cuando estos príncipes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó á despeñarse la magestad del imperio, sin que nunca mas tornara á volver en sí: dividiéronse las tribus; y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentos dos imperios enemigos, dados ambos á torpezas

y deleites. Siguiéronse de aquí grandes discordias y guerras, furiosos temporales y horrendas desventuras. Los reyes se hicieron idólatras y adoraron los ídolos: los sacerdotes se entregaron al ocio y al descanso. El pueblo se había olvidado de su Dios, y las muchedumbres tumultuaban en las calles.

En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios á sus grandes profetas, para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra, y sacaran de su profundo olvido y hondo letargo á los reyes idólatras, á los sacerdotes ociosos y á aquellas barbaras muchedumbres, dadas á sediciones y tumultos. Jamas en ningun pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores: Roma tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas: como los tribunos, defendian los intereses populares; como los oradores, proponian lo que juzgaban conforme á las conveniencias del estado. Un profeta era mas que Homero, mas que Demóstenes, mas que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes á un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que, mensajero de Dios, tenia el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los reyes. Por eso los profetas amenazaban, imprecaban, maldecian; por eso dejaban escaparse de sus pechos, poderosas, tremendas aquellas voces de temor y de espanto, que se oían en Jerusalem cuando venia sobre ella con ejército fortísimo y numerosísimo el rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesáreos miraban

siempre, ántes de hablar, los semblantes de los príncipes: nevaba sobre ellos y sobre sus templos.
 Los oradores y los tribunales de Atenas y de Roma tenían puestos los ojos, ántes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo: los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, ántes solo á lo que Dios les decía interiormente en sus almas: por eso hicieron frente á los odios implacables de los príncipes, que habiendo puesto su sacrilega mano en el templo de Dios, no temían ponerla en el rostro augusto de sus profetas: por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignacion y bramido popular, creciendo su constancia al compás de la persecucion y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos: por eso, en fin, casi todos, ó entregaron sus gargantas al cuchillo, ó buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro.
 Yo no sé, señores, si hai en la historia un espectáculo mas bello que el de los profetas del pueblo de Dios luchando armados con el solo ministerio de la palabra contra todas las potestades de la tierra: Yo no sé si ha habido en el mundo poetas mas altos, oradores mas elocuentes, hombres mas grandes, mas santos y mas libres; nada faltó á su gloria, ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.
 Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza, con el Salvador del mundo, comienza la época del castigo. Antes de poner término á este discurso, hagamos todos aquí una estacion: recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.
 Sófocles escribió una de las mas bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo Rei*: Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los bellos ingenios, y

á nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con este título una de las tragedias que mas honran nuestra literatura clásica.
 Pero hai otra tragedia mas admirable, mas portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y á quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino mas bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y el prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, há vuelta de algunas diferencias, hai tan maravillosas semejanzas, que me atreveria á intitularla *Edipo pueblo*.
 Edipo adivina los enigmas de la esfinge; y es reputado por el mas sabio y el mas prudente de los hombres: el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano; y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre todos sus competidores, y le asientan en el trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promision, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos delficos, habian anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que seria el matador de su padre: Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, habia anunciado á los judíos que matarian á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hai; pero algo hai, señores, en este *similiter cadens* de la historia, que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.
 Ya lo veis, señores: nosotros mismos son los oráculos, y una misma la catástrofe: ahora veréis cómo una mis-